

# Índice

Prólogo,	9
La masa informe del futuro próximo,	12
Manuel Freire o La historia interminable,	14
Dime, dime, qué esperarás,	18
En la mugrienta ligereza de los días,	20
Adiós, mi níñfula,	24
Diamantes,	26
Retrato rompecabezas,	28
Cuando te conocí,	30
Purgatorio,	34
Carta de amor loco,	36
La otra noche,	38
Canción de julio, 2015,	40
Pulsión homicida,	42
Por causas poco claras,	44
Vasos vacíos,	46
Por razones obvias,	48
Bombas de gas,	50
Cuando habló Ismael y luego Lepera,	52
Recuerdo lisérgico en arte menor,	56
La historia de mi vida,	60
No volveremos a vagar,	62
Si me olvidé de ti,	66
Abominable, inventada,	70
Te recuerdo de ese tiempo,	74
Paranoia o El Gran Teatro del Mundo,	76
Cupido sordo y urbano,	78
Tu precipicio,	80
Sadomasoquismo,	82
Realidad y ficción,	84
Prima di addormentarmi...,	86
Canção de urgência,	88

# La masa informe del futuro próximo

El futuro tiene, a veces, forma de perro rabioso.  
Mejor mantenerse lejos.  
*Cave canem, cave futura.*

El futuro se parece, en el mejor de los casos,  
al “Blues del autobús” y su ingenuo frenesí.  
Placas solares en los pulmones, como en este día.

Lo mejor que le puede pasar al futuro  
es que reviente por fin su cáscara delgada.  
De la potencia al acto, el futuro. Eso nunca pasa,  
porque el futuro no existe, el presente no se ve  
y el pasado lo llevamos colgando de los ojos.

Que reviente en este día la cáscara del futuro,  
Dios nos coja confesaos’  
y no te pille lejos de casa.

# Manuel Freire o La historia interminable

Las nanas en portugués me dejan los pies fríos.  
Es lo único que he aprendido en esta tarde de muros gruesos.

Hay demasiado viento fuera

(el viento es un atenuante en crímenes de sangre)

y dentro huele a canciones tristes.  
He caído por dos minutos  
en una nube de vocales cerradas,  
cuando José Afonso quería que el niño durmiera.

No importa si lo entiendes o no.  
El portugués cantado se convierte en tu propia linfa  
o te recuerda que el alma existe y tú tienes una,  
si cierras los ojos, solo los ojos, y escuchas.

Y recuerdas.

Recuerdas  
qué pasó cuando un hombre se puso a pensar  
y no cuadraban las cuentas.  
Cuando cayeron los monstruos de hierro.  
Recuerdas que estuvimos juntos  
entre escombros y guitarras,  
y alguien cantaba sobre alquimistas inmortales,

y fuimos hijos de la madrugada a las tres de la tarde.  
Cuando dijiste que te deslumbraban mis ojos desnudos  
y me obligué a probar una tortilla horrible  
para no dejar a nadie en mal lugar.  
El polvo resplandecía en el cielo de junio.  
Y los amigos me hablaban

desde ese altar de ladrillo derruido  
(he comprobado que sigue allí),  
y alguien nos hacía fotos desde una esquina sucia,  
y más allá seguían cantando y la guitarra perdía el ritmo de  
[fado

y yo entendía que solo  
tendríamos sentido entonces,  
en aquel *olhar quebrado*,  
en aquella estación rota.

Y al final no fue verdad.  
Nos encontramos después y esta tarde también.

Y trazamos nuestra parte de historia en puntos de la carretera  
que solo conocen los cartógrafos locales,  
y en pueblos de tres familias donde el castellano es relativo,  
y en un salón de maderas africanas,  
en casa de ese tipo con el que ya no te hablas.

No, al final no fue verdad.  
Nos encontramos después  
y esta tarde también,  
con tantos kilómetros de agua  
entre mi llanto portugués  
y tu mente desquiciada.

Han pasado algunos años.  
Ya no sé si al final podré borrarte;

si caerán alguna vez tus hojas secas,  
si me desprenderé de tu voz de cobre.  
No sé siquiera si existes todavía  
o sin querer yo te he salvado  
y ahora vives solo en los textos  
y entre comillas,  
como los autores clásicos.  
O en vestigios evolutivos

o el imaginario colectivo,  
si es que existe el nombre de autor.  
No hay obra sin autor.

Acéptalo de una vez:  
Sin mí, seguirías dormido.

Dime, dime,  
qué esperás



Este silencio de parque me palpita en las sienes.

Se estrangula el hígado cuando una tecla se bloquea.

“Te llamo en quince minutos”, dices,

que son diecisiete en realidad,

porque eran y trece cuando escribiste

y las horas intermedias no existen.

Y serán más, porque los relojes de sol nunca funcionan.

Quizás veinte.

Será media hora de agonía, porque estás muy ocupado,

o no llamarás nunca, porque eres importante.

Ya pasan cinco de diecisiete

y siete de los quince que decías.

Empiezo a tener miedo,

entre farolas ruinosas

ruinas de urbanización

ruinas

ruinas de mi hígado

y ruinas de estanque

en ruinas de crecimiento desmedido

de mis sienes que palpitan

por ti estrangulado

árboles que lloran solitos

mosquitos que gimen (sin copular) en las orejas

y son y treinta y siete. Vuelvo así sobre mis pasos,

en un gesto cíclico y predecible. Veo un final tan corriente

que casi me da vergüenza.

**En la mugrienta  
ligereza de los días**

En la mugrienta ligereza de los días  
se bañan y entierran mis pies agotados.  
Desde las grietas del suelo entiendo por fin  
que todo había sido acantilado,  
que el engendro de polvo ha vuelto para quedarse  
y no solo vive el Hombre  
de secretos perfumados. Pura sal  
que nos seca y cicatriza.

La mugrienta ligereza de los días  
viene y se aleja con los ciclos lunares.  
Ya me alcanza las rodillas su espumoso color ocre.

---

Siempre termino por esas playas,  
con sol de justicia y polvaredas que no merezco.  
Pero alguna vez despierto antes del desastre,  
me vuela la arena de los ojos  
y estoy en tu sofá

y recuerdo que alguna vez  
me has salvado la semana. Alguna vez  
se desordena el sistema nervioso,  
las tarjetas de crédito se anulan solas  
y alboroto la clase como una rata  
de laboratorio,  
mientras los teléfonos no paran de sonar.  
Pero existe tu casa y existe tu sofá hortera  
que me acoge y me gusta tanto,  
y tú sigues llevando los vaqueros rotos.

Si termino mis días                    (con su ligereza mugrienta)  
en el manicomio

o peor, en la consulta del psicólogo,  
será por gritar desde la ventana manuelina,  
los picos de Urbión o algún islote volcánico  
que tu sofá hortera  
se parece a la canción con que nos duermen de pequeños,  
y tus manos en mi cara  
y pies descalzos sobre la alfombra  
dejan rastro de flores amarillas.